

POR JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ

GREGORIO MARAÑÓN

En el 65.º aniversario de su muerte



Fue uno de los ensayistas más celebrados del siglo XX, en materias muy distintas de su dedicación a la Medicina, saber en el que ha dejado indeleble huella de maestro y para el que fue titular de la primera cátedra de Endocrinología de España (antes de la Guerra Civil, después de haber dedicado cursos a dicha disciplina desde 1915).

La efeméride y la Fundación Disenso nos invitan a evocar su figura, sin tener autoridad para ello y menos aún, si cupiera, para ponderar su contribución a la ciencia.

Nos atrevemos entonces a realizar algunas consideraciones sobre su personalidad intelectual, devuelta recientemente a la actualidad, antes del aniversario mencionado, con ocasión de la publicación el año pasado de la novela de Juan Manuel de Prada *La ciudad sin luz*.

1. De Prada ha querido destacar, sobre la base de una investigación de archivo previa a la obra de ficción, la inequívoca y pronta adhesión de Marañón a Franco y su colaboración el plano cultural y apoyo, durante su estancia-exilio en París (1936-1942), a la España nacional. Lo hace el aclamado novelista para impugnar, con razón, la pretensión políticamente correcta de la existencia de una «tercera España», en la que el nombre del Dr. Marañón se uniría –aunque no lo haga propiamente el tendencioso y poco serio Preston- a los de Ortega, Madariaga, etc.

Sobre tal cuestión, creo imprescindible destacar el largo artículo *Liberalismo y comunismo*, publicado la *Revue de Paris*, en 1937 (posteriormente en el diario *La Nación*, en Argentina, en 1938 y, en este mismo año, como opúsculo en Montevideo)¹.

En referencia a la guerra civil, afirma: «la razón auténtica de la lucha, que es únicamente ésta: ‘defiendo a los rojos porque soy comunista’; o ‘simpatizo con los nacionalistas porque soy enemigo del comunismo’». Sobre la semana trágica de Barcelona (1909), se manifiesta en estos términos: «quema de conventos y toda clase de violencias, pero todavía con el estilo revolucionario castizamente español, Hoy, después de tantos horrores, nos parece todo aquello, que tanta pasión suscitó, una broma de colegiales. Su verdadera gravedad estuvo, no en las luchas de la calle, sino en lo que entonces no supimos ver: en que por vez primera el liberal español, ya igual entonces a los liberales europeos, amparó con su liberalismo una causa profundamente antiliberal, y solo porque estaba teñida de rojo».

El texto prosigue con reconvenciones e invectivas contra el liberalismo. Así, por ejemplo, sobre lo que sucedió antes de las elecciones municipales de abril de 1931, constante monarquía: «la campaña de los partidos y la prensa de la derecha anunciaba una serie de catástrofes si el movimiento republicano triunfaba, a pesar de su carácter pacífico y de que sus principales jefes eran hombres moderados, liberales, muchos, inclusive, sin tradición republicana, entre ellos el propio señor Azaña (...) lo que no admite duda es que las profecías de las derechas extremas o monárquicas que se oponían a la república se realizaron por completo: desorden continuo, huelgas inmotivadas, quema de conventos, persecución religiosa, exclusión del poder de los liberales que habían patrocinado el movimiento y que no se prestaron a la política de clases; negativa a admitir en la normalidad a las gentes de derecha que de buena fe acataron el régimen, aunque, como es natural, no se sintieran inflamadas de republicanismo extremista. El liberal oyó estas profecías con desprecio suicida. Sería hoy faltar inútilmente a una elemental verdad el ocultarlo. Varios siglos de éxito en la gobernación de los pueblos –algunos aún no extinguidos, como los de las democracias inglesa y norteamericana -, habían dado al liberal una excesiva, a veces petulante, confianza en su superioridad».

Más generalmente, continúa así: «Cualquiera que sea el porvenir político de España, no cabe duda de que esta fase de su historia fue el reaccionario y no el liberal, acostumbrado a vencer, el que acertó».

Más adelante, se lee: «La propaganda rusa, cuyo comienzo es difícil precisar, debió intensificarse al poco del cambio de régimen, en cuanto se tuvo allá lejos la sensación de la debilidad de los elementos conservadores del nuevo Estado». Ante la quema de conventos de mayo de 1931, «no existió la reacción colectiva, decisiva y enérgica de los liberales españoles frente a lo que ya era realidad incuestionable. Muchos de los españoles de espíritu liberal que habían acordado una confianza condicional a la República (...) se volvieron desde aquel día a su campo [al

1 Su última edición impresa es en la revista *Razón española*, nº 162, 2010, pp.7-28.

de 'un movimiento de clase, extremista, destructivo y dictatorial al estilo ruso']; y aquel día, en realidad, empezó la lenta agonía de la recién nacida República. Y, repito, no por lo que sucedió, sino por lo que, debiendo haber sucedido, dejó de suceder».

Prosigue así: «El liberal español se unía al defecto común de todos los liberales del mundo: una ceguera de colores, que sólo le permitía ver el antiliberalismo negro, pero no el rojo (...) La opinión fue injusta atribuyendo particularmente a algunos hombres la responsabilidad de aquella catástrofe, precursora de tantas otras. La responsabilidad fue del liberal español, que no supo darse cuenta de la gravedad y de la significación radicalmente antiliberal de lo ocurrido, y a la vez que contribuía a su impunidad se desprendía lastimosamente de la autoridad política que le quedaba (...) Los 'gubernamentales' [en 1937] de hoy son los 'rebeldes' de 1934. Es, pues, más veraz llamarles comunistas y anticomunistas y dejar de lado lo de 'rebeldes', denominación que suscita un grave problema de prioridad. La sublevación de Asturias en octubre de 1934 fue un intento en regla de ejecución del plan comunista de conquistar a España. La elección de España fundábase no sólo en la facilidad específica que creaba en este país, siempre inquieto, un régimen nuevo que había renunciado desde el primer momento a toda autoridad (...) además, en que seguramente el triunfo del comunismo en España hubiera supuesto, a muy breve fecha, por razones de geografía y de biología racial, un grave quebranto del fascismo europeo, y, sobre todo, la rápida conversión al comunismo de la mayor parte de la América latina. La fase preparatoria de esta conversión -la captación del liberalismo americano- estaba ya muy adelantada».

En pleno fragor de la guerra civil, insiste en que «Los comunistas militantes, ya desenmascarados, claro es que no ocultan su designio. Los no comunistas, uncidos por la fatalidad a la causa roja, hablan todavía de que defienden una República democrática, porque saben que la credulidad humana es infinita. Pero estos mismos, cuando conversan en privado, no ocultan que mantienen su equívoco por miedo, o por una suerte de espejismo ético que les hace anteponer al deber de la conciencia el de la amistad o el de los compromisos de partido, o cuando no la necesidad inaplazable de vivir (...) Mi liberalismo recalcitrante no regatea su respeto a los que sinceramente apoyan a este movimiento o simplemente simpatizan con él, precisamente porque creen que la salvación de España y del mundo entero está en el comunismo. Lo que no puede admitirse sin suponer mala fe e insuficiencia mental es que ese apoyo y esa simpatía se funden en el amor a la libertad, en la paz social y universal, en la democracia, en el respeto a las ideas y en todos los demás tópicos nobilísimos que nada tienen que ver con el estado bolchevique».

Su reproche al liberalismo es contundente: «Mas no hubieran podido conseguir esta extraordinaria victoria [los comunistas] sin otro apoyo que hábilmente habían ganado y explotado con anterioridad: el de la opinión liberal. Así como la conquista de Rusia pudo lograrse por los propios medios obreristas, la de los países occidentales hubiera sido totalmente imposible con una opinión liberal adversa. La opinión liberal ha dado en nuestro mundo su visto bueno a todos los movimientos sociales. Fue la tirana del pensamiento europeo y americano durante el siglo XIX. Y cuando su estrella empezaba a declinar, cobró nuevo impulso y autoridad con la guerra europea, ganada en nombre de la democracia y con el auge material de los Estados Unidos de América, que sienten el fervor democrático con el ímpetu un tanto petulante de la juventud. Por eso durante los años que han precedido al movimiento actual la propaganda comunista se especializó en la conversión del liberal de todo el mundo hacia la simpatía a su causa».

Diserta más adelante sobre la genealogía de los errores liberales: «Aquí está, en efecto, otra clave del problema. Si pudiera teóricamente reducirse a una sola causa el gran trastorno actual de la humanidad, yo no vacilaría en decir que esa causa es el inmenso equívoco de que los liberales del mundo, que originariamente representaron el sentido humanista de la civilización, el más fecundo en eficacias prácticas y espirituales, sean hoy en su mayoría simpatizantes del más antiliberal y antihumanista de cuantos idearios políticos han existido jamás, que es el comunista. Sería muy largo el meditar sobre los motivos de este equívoco sin igual en la historia. El liberal, en el principio, era el hombre comprensivo, tolerante, propenso a explicar el bien y a disculpar el mal por los imperativos humanos y convencido de que el progreso del mundo no se podía conseguir sin un mínimo de libertad. La era del liberalismo se inaugura, en realidad, con el Renacimiento, en el que el inspirador de casi todos los políticos y de gran parte del ideario de los hombres cultos era Tácito, prototipo del enemigo de los déspotas, y, en verdad, el primer liberal en el sentido moderno. Varios siglos de lucha contra el déspota fijaron en la conciencia del liberal dos errores: que el enemigo de la libertad era siempre el tirano único, el monarca, y que el sentimiento liberal anidaba en el pueblo y se alimentaba en el fuego de la popularidad. El primer desastre de este equívoco nos lo proporcionó la Revolución francesa, preparada

por los liberales contra los déspotas y al calor del pueblo. Inmediatamente surgió el despotismo del tribunal popular o los dictadores nacidos de la masa, desde Robespierre a Napoleón. Y las víctimas fueron inevitablemente los liberales verdaderos, los que por ser fieles a su liberalismo se rebelaron contra el despotismo nuevo y fueron guillotinado o se vieron obligados a huir. Entonces nació también la otra especie de liberal, el espurio, el de la ceguera para los colores, el del daltonismo, el de la incapacidad para ver el despotismo cuando aparece teñido de rojo. Éste fue el que cobijó con su autoridad la crueldad revolucionaria; el que la glorificó y el que ha hecho posibles, en gran parte, todas las revoluciones posteriores, hasta la nuestra. Lo que caracteriza a este liberal -el falso, pero, Con mucho, el más numeroso- es el pánico infinito a no parecer liberal. El mayor número de estos liberales no se preocupa de lo que significa, en su hondo sentido, el seguir una conducta liberal, sino en parecer liberales a los demás. El inmenso prestigio social del liberalismo explica y disculpa esta actitud. El más riguroso reaccionario no puede reprimir una sonrisa de gozo -¡cuántas veces la hemos visto!- cuando se le dice: 'Usted, en el fondo, es un liberal'. En cambio, el liberal no puede sufrir sin congoja el que se dude de su liberalismo. No ser liberal supone, en el ideario corriente, estas tres cosas importantes: ser sospechado de poco inteligente, porque en efecto, un gran número de los hombres famosos por su labor creadora han sido liberales o por lo menos han tenido un espíritu teñido de tolerancia liberal. Significa, además, ser 'enemigo del pueblo', frase creada por la Revolución francesa y que conserva intacto el fetichismo de su prestigio en muchas mentes. Y, finalmente, significa no ser hombre moderno, porque buen número de las conquistas de la civilización se han hecho bajo el signo de la libertad (...) El comunista ha explotado con aguda intuición y habilidad estas tres brechas de la vanidad de los liberales y ha aplicado a su motor la energía liberal. Es cierto que la negación de todo liberalismo que supone el régimen comunista, hace a primera vista muy difícil el conciliarlo con el fervor liberal, pero el comunista, como todos los grandes propagandistas maquiavélicos, no se detiene ante estas contradicciones. Sabe que el coeficiente de la credulidad colectiva es, prácticamente, infinito. Y el liberal posee, además de esta credulidad genérica, un peculiar candor en cuanto le hablan en nombre de sus mitos predilectos (...) el liberal sigue creyendo que Rusia es el país del progreso y de la libertad, casi la Meca del liberalismo. El ejemplo de España lleva este equívoco a los límites de lo inconcebible».

Y concluye: «El problema sería, en suma, clarísimo, a no ser por la intervención perturbadora de las fuerzas liberales, cuyo inmenso prestigio y cuya inmensa torpeza llenan hoy de confusión al panorama político del mundo. La ceguera frente al antiliberalismo rojo ha hecho que el liberal venda su alma al diablo. Pero su castigo será proporcionado a su error: porque el liberalismo, como fuerza política, ha terminado su misión en el horizonte de algunas generaciones. Quedará por ahora sólo como sentimiento de las almas, porque con un nombre o con otro lo que representa en su origen y en su esencia es el motor inmortal del progreso de los hombres. Y, sin duda, brotará un día, cuando sea purificado de las inevitables dictaduras de hoy. Los liberales españoles saben ya a qué atenerse. Los del resto del mundo, todavía no. Yo no escribo para convencerlos. Porque en política el único mecanismo psicológico del cambio es la conversión, nunca el convencimiento. Y debe siempre sospecharse del que cambia, porque dice que se ha convencido. Los liberales del mundo oirán también un día el trueno y el rayo; caerán de su caballo blanco, y cuando recobren la conciencia habrán aprendido de nuevo el camino de la verdad».

Cuenca Toribio se pronuncia así sobre estas esclarecidas páginas de Marañón: «No sólo en el destierro, sino también a su regreso D. Gregorio, al analizar las fuerzas en presencia en la contienda de 1936, atribuyó a unas y otras el carácter de dictatoriales, pensando asimismo que de entre ellas la victoria se había inclinado por la que poseía un carácter más nacional. Interpretación que desde la altura de nuestro tiempo puede suscitar discrepancias y hasta rechazos, pero a la que no cabe estimar como personal o singularizada. Es todo un mundo, el liberal de cuño clásico, el que opera en ella. La misma filiación doctrinal e idénticas conclusiones corresponderán a las dadas a la imprenta por Madariaga, Sánchez Albornoz, Castillejo, Ortega. Hombres todos que perdieron la guerra sin figurar oficialmente en el bando de los vencidos...»².

Y añade: «(...) unas páginas escritas casi a raíz mismo de la terminación de la guerra civil constituyen un cuadro bastante completo de los orígenes del franquismo, con intuiciones y atisbos de futuro de notable sagacidad. En puridad, la visión dibujada por su pluma es la sostenida en sus elementos esenciales por una buena parte de los estudiosos de aquel régimen, especialmente los de cepa más liberal. Abstracción hecha de la nueva y penosa requisitoria fulminada

2 «Marañón contemporaneísta», Cuadernos hispanoamericanos, mayo 1987, p.13.

por Marañón contra el naufragio de la II República y sus inexpertos pilotos, resalta en su planteamiento conforme a su tesis, la sublevación del ejército estuvo lejos de convertirse en una militarada por el respaldo masivo de amplios y diversificados estratos. Con un talento político superior Franco supo amalgamar el conglomerado de fuerzas antirrepublicanas y las condujo a una victoria, no solamente explicable por razones de índole política o castrense. Explanando una hipótesis cada vez más cimentada en el terreno científico del análisis de la contienda de 1936, Marañón subrayará con fuertes caracteres el acierto en la dirección de la vida económica por el franquismo, frente a los continuos yerros de sus adversarios. En la noche negra de los totalitarismos triunfantes más que por sus éxitos por la honda y pasajera crisis de las democracias, era difícil imaginar que Franco sustrajese su régimen de la tentación fascista o nazi. Sin embargo, escritas a comienzos de 1940, estas páginas marañonianas prefiguran como ya decíamos, la dictadura atípica y singular del 'Caudillo'. Su autor presumió con justeza que, a pesar de su marca de origen, no sería un nuevo régimen de los generales ni una Dictadura cuartelera. Sería más bien un cesarismo populista, un bonapartismo español, para el que su figura clave parecía muy dotado. La intuición de D. Gregorio llegó incluso a aventurar que la decantación del régimen hacia la monarquía habría de tener larga gestación y aún mayor desarrollo. Como contera de sus dotes de zahorí del franquismo, D. Gregorio columbró el consenso que habría de obtener la dictadura en las capas mayoritarias de la nación en el supuesto, hartamente probable para él, que el 'Caudillo' se inclinara por una jefatura vitalicia. En 1940 sólo contaba en el país el poder personal de Franco. Todos los caminos del futuro habían de partir de este hecho decisorio. Así lo vio Marañón y así lo confirmó la Historia»³.

2. En el prólogo propio a sus *Ensayos liberales* (1946), ya reintegrado a la Patria, gobernada por Franco – en cuyo ejército había combatido voluntariamente su único hijo varón – dice el Dr. Marañón que «*Ser liberal es, precisamente, estas dos cosas: primero, estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo; y segundo, no admitir jamás que el fin justifica los medios sino que, por el contrario, son los medios los que justifican el fin. El liberalismo es, pues, una conducta y, por lo tanto, es mucho más que una política. Y, como tal conducta, no requiere profesiones de fe sino ejercerla, de un modo natural, sin exhibirla ni ostentarla. Se debe ser liberal sin darse cuenta, como se es limpio, o como, por instinto, nos resistimos a mentir*».

Es claro que, en su edad más sazónada, su liberalismo no es de adhesión a la ideología política que tal nombre recibe. Es una actitud general, que puede ser compartida por quienes no profesen dicho credo político, que, según queda expuesto, Marañón veía, en cierto modo, como algo caduco y por superar⁴.

La trayectoria política de Marañón es controvertida.

Se opuso a la dictadura del general Primo de Rivera.

Prologó un libro de su amigo Marcelino Domingo, diputado republicano en la Monarquía, masón, líder del Partido Republicano Radical Socialista y ministro en el Gobierno del bienio social-azañista y en el primero del Frente Popular hasta mayo de 1936: *¿A dónde va España?*, publicado en Madrid, en 1930.

En ese texto, en el que el Dr. Marañón se muestra «más 'reformista social' que explícitamente republicano», según Laín Entralgo⁵, expone «los puntos principales de su proyecto de transformación de la vida española». Laín los resume en lo siguiente: «Muy concisa y esquemáticamente presentados, son los siguientes: 1. Orientación del liberalismo español, excesivamente burgués hasta entonces, hacia el socialismo. 2. Postulación del 'buen cacicato' -el ejercido por hombres de inteligencia, buena voluntad y prestigio- para un pueblo que, como el español, se halla política y culturalmente inmaduro. 3. Una política de la enseñanza y la cultura efectivamente basada en la libertad y no en el monopolio. 4. Cultivo entusiasta y tenaz de la civilidad»⁶.

3 *Ibidem* pp. 13-14. Sin embargo, *Liberalismo y comunismo* data de 1937.

4 Se ha escrito que Marañón en tal prólogo su actitud «progresista», que luego comentaremos: «Véase la advertencia a la segunda edición, págs. 11-12. Especialmente significativas a este respecto son las siguientes palabras»: 'porque el espíritu progresista fue uno de los parásitos del gran gesto liberal. Chuparon, él y otros menos inocentes que él, su sangre y le dejaron anémico' (pág. 12). «Esta advertencia es del año 1947»; vid. J.H. Hoddie, «En torno a cuatro prólogos 'desaparecidos' de Gregorio Marañón», *Bulletin Hispanique*, tomo 74, nº1-2, 1972, p.51 y nota 14.

5 «Vida, obra y persona de Gregorio Marañón», en Gregorio Marañón, *Obras completas*, tomo I, Madrid, 1966, p. XXII.

6 *Ibidem* p. XXXI, nota 86.

Hoddie, más buido en su análisis, lo explica así: «*el ensayo lleva el sello típico: tradición, evolución y aristocratismo. España debe orientarse hacia el socialismo. Pero no con el sentido superficial de una maniobra política, sino con el sentido profundo de una comunidad de sentimientos. En esto, tiene presente el que ésta no es la creencia de muchos republicanos, inclusive la del Sr. Domingo. Le parece que los republicanos -los mansos e izquierdistas de la Monarquía- tienen que darse cuenta de que la cuestión del régimen dentro del enfoque del partido sólo podía interesar a las masas burguesas. En cambio, los problemas del país o del progreso se comprenden mejor como problema de clases: El problema para el verdadero pueblo es, antes de todo, un problema de clases. Y aunque en ese problema esté incluido -tal vez en España, de un modo radical- el problema del régimen, para el pueblo hay cosas de importancia infinitamente más trascendental, que plantea y trata de resolver el credo socialista. A su parecer, el pecado de los izquierdistas consiste en una ceguera de clase, perfectamente burguesa, frente a las organizaciones obreras, desdeñándolas y combatiéndolas, y después exigiéndoles un módulo político que no podían dar. Frente a la opinión citada de Luis Zulueta de que el pueblo es una nueva fuerza en la política española, Marañón agrega que la personalidad política del pueblo no se logrará por los medios clásicos del voto y los demás mecanismos democráticos, sino merced a sus organizaciones, creadas y fortalecidas por la lucha de clases. La ceguera que ha inhibido la acción por parte de muchos hombres modernos, incluso inteligentes, no está presente en el mundo de los jóvenes: Acaso ni es cuestión de ver sino de sentir. Y, por eso, porque ha nacido a la vida pública, sintiéndola, la juventud española se aproxima, cada vez más, a la ideología socialista. Marañón parece afirmar aquí una vez más su preocupación por el espíritu de la época. Si el proletariado en nuestro siglo entra como un elemento más en la política universal, no hay por qué verlo como fuerza ajena a las aspiraciones liberales y republicanas: El tiempo nos arrollará a todos. Pero, entretanto, la táctica del liberal español -incluido el republicano- debe ser la comprensión radical y entrañable para las aspiraciones proletarias. Y sin ello estará siempre al servicio de los enemigos de la libertad, y, por lo tanto, del orden, que en tanto estimamos todos; porque el orden -¡tantas veces se ha dicho!- es muy fácil de ser falsificado por cualquier tiranuelo; pero el auténtico, el legítimo, es sólo aquél que se engendra por la conjunción de los padres insustituibles: la libertad y la justicia; pero justicia integral, no de clases»⁷.*

Partero de la Segunda República se calificó a sí mismo, firmó en 1931, junto a Ortega y Pérez de Ayala, el manifiesto fundacional de la *Agrupación al servicio de la república* y fue elegido diputado para las Cortes constituyentes en las listas de ésta junto con aquéllos (y otros, como García Valdecasas, hasta trece⁸).

3. Cumple poner de relieve la españolidad apasionada de nuestro autor, expresada sin cesar en sus escritos.

Su primera obra histórica, ya preñada de reflexiones de extracción endocrinológica y de la psicología profunda (de filiación netamente alemana), es el *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo* (1930). Publicado inicialmente en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, corporación en la que lo había previamente pronunciado como conferencia, califica clínicamente al monarca hermano de la Reina Católica como «*displásico eunucoide con reacción acromegálica y con netos rasgos esquizoideos; elementos, morfológicos y psíquicos, constitucionales y hereditarios*», con tendencias homosexuales (aunque no impotente absoluto sino sólo relativo); y defiende la legitimidad de la princesa doña Juana).

En el ensayo -recorrido por su amor a la Historia nacional y la preocupación por la suerte de la Patria-, con un aparato crítico deslumbrante (cita abundantísima de fuentes historiográficas, literarias, médicas y psicológicas), dice que el casamiento de Enrique IV con doña Juana, hermana del Rey de Portugal, «*tantos sucesos memorables había de engendrar para la historia de Castilla y del mundo*».

Y de la Reina Católica: «*A doña Juana la ha perdido ante la posteridad el cotejo de su figura paralela, doña Isabel la Grande. Esta supo bien -y se atuvo firmemente a ella- la gran verdad de que los reyes han de tener tan limpia la camisa como el manto ostentoso que exhiben ante la muchedumbre; aunque para tenerla limpia tengan, como la Reina Católica, que no mudársela en ocho días. El estar muy alto exige el sacrificio de las pasiones y de*

⁷ Hoddie, *op. cit.* pp.52-53.

⁸ Alfonso García Valdecasas, cofundador de Falange española en 1933, prócer de la intelectualidad española del siglo XX, tuvo una vida política igualmente versátil, como neta y consecuente públicamente.

otras muchas cosas; y sólo así se compensa y sublima el privilegio, casi siempre arbitrario, de mandar sobre los demás. Pero, aparte de la ayuda de Dios, la virtud no se toma y se deja voluntariamente, sino que tiene una raíz inevitable en las condiciones de la propia naturaleza. Y es acaso en esa fortaleza o debilidad de nuestro espíritu, con la que todos nacemos, donde más palpablemente se manifiesta el designio sobrenatural. Doña Isabel nació* tocada por el dedo de Dios. Parece que por uno de esos, trastrueques tan frecuentes en el misterio de la herencia recayó en ella, mujer, todo el aliento viril que faltó a su mísero hermano don Enrique. Y así pudo cumplir su egregio destino con grandeza tal vez no superada por ninguna otra de las mujeres conocidas. No la regateamos un punto de su gloria. Pero no podemos juzgarla con la misma medida que a doña Juana, hecha no con el bronce de los héroes, sino sencillamente con frágil arcilla de mujer». Se recrea en la figura de doña Isabel: «Fue esta gran Reina, físicamente, de perfecta morfología femenina, como puede verse en el retrato de Rincón, tan conocido, y como consta en las referencias de sus contemporáneos. Ya a los trece años era. ‘una hermosísima doncella’, cuyas gracias ‘cautivaron tan fuertemente el corazón del Rey de Portugal’, que pretendió hacerla al punto su esposa [Crónica de Enrique IV, escrita en latín por Alonso de Palencia⁹]. Este cronista describe cuando, siendo ya mujer casada, se presentó a la multitud, después, de la muerte de don Enrique; quitaron -dice- los negros paños del túmulo levantado en la plaza pública, ‘y apareció de repente la: Reina, revestida con riquísimo traje y adornada de resplandecientes joyas, que realzaban su peregrina hermosura, entre el redoble de los atabales y el clamor de las trompetas y clarines’»¹⁰.

O esta conclusión: «He aquí cómo la enfermedad de un Rey sirvió de fermento a la descomposición de toda una sociedad y originó el cuadro tenebroso de la España de los Trastamaras, que un gran escritor español comparaba con la España de 1925¹¹. También en aquellos años de inquietud se hablaba con indignación de la paciencia inacabable de nuestro pueblo, y todo hacía anunciar la disolución del Estado, decrepito, falto del sustento de una conciencia política colectiva. Y, sin embargo, los augures se equivocaron; porque el sol que iba a nacer de tantas sombras iluminaría la grandeza más dilatada que jamás alcanzó pueblo alguno¹². Quién sabe si no nos aguarda ahora un milagro semejante. Porque Dios ha querido que en la vida de los pueblos, como en la de los hombres, se entre casi siempre en el vasto templo de la gloria humillando la frente por la mezquina puerta del dolor».

En su siguiente ensayo histórico, mucho más extenso, *Las ideas biológicas del Padre Feijóo*, publicado en 1934, afirma en el prólogo a la segunda edición de 1941, firmado en París: «Lo esencial del gran fraile es su sentido español. Yo he visto ahora cómo suena la gloria vieja y eterna de España cuando esta campana se repica. Y a él, en su tiempo, sin embargo, le llamaron antipatriota, porque supo, en horas de desdicha nacional, adoptar la actitud inteligente, que es la modestia ante el dolor, y no la de la vanidad, que esteriliza todo lo que ese dolor tiene de creador y de fecundo».

«Mi vida es amor a España» proclamó en Montevideo, en 1937: «mi amor a España no es simple apego al terruño, sino emoción racial, sentido de responsabilidad común... y fe en el destino de los pueblos que están unidos por el lazo solemne del verbo»¹³.

Y en una conferencia pronunciada en la Universidad de Buenos Aires, en mayo de 1939, al aludir a la obra de un colega –el Dr. Lastres– sobre *Las enfermedades nerviosas en el coloniaje*, se manifestó así sobre la

9 Traducción castellana, Madrid, 1964, I, 6, 10º.

10 Op. cit., II, 10º.

11 Se refiere a Azorín en *La España de los Trastamara* (*La Nación*, Buenos Aires, mayo 1925).

12 Cita aquí «unas palabras semejantes de Gabriel Maura Gamazo al juzgar este momento de nuestra historia. ‘Hoy, como en los días del último Enrique, la raza por sus pecados pena; pero ha aprendido desde entonces que no le es ya lícito fiar su redención al providencial advenimiento de otros Reyes Católicos, porque las naciones eligen ahora a sus gobernantes, y no suelen tener sino lo que merecen.’ (Discurso de recepción en la Real Academia Española, Madrid, 1920). Desde luego, esta visión optimista sobre el porvenir de nuestro país, entonces y ahora, se basa en la convicción acérrima de que bajo la ruina oficial persiste incólume la vitalidad popular. Digo esto para contestar a algunas observaciones que nos han sido hechas de juzgar a la ligera la decadencia de esta España del final de la Edad Media. Decadencia del Estado, no de la raza».

13 Cfr. F. Murillo Rubiera, «América en el pensamiento de Gregorio Marañón», Cuadernos hispanoamericanos, mayo 1987, p.42.

obra colonizadora de España y en contra de la leyenda negra: «Le puedo decir que su visión de la gesta ibérica en América está deformada; porque la ha realizado a través de un cristal político, y lo político, que es siempre un accidente, no es buena lente para examinar las cosas eternas. El español de la conquista fue duro porque siempre es duro el que es fuerte... Fue, sí, España violenta porque tuvo que crear un imperio y todos los imperios que existen, menos los de las almas, se han creado así. Yo soy de los que, en cada caso, preferiría el amor a un imperio. Pero la historia no la han hecho, ni la harán nunca, más que los hombres duros. Mas junto a esa violencia inespecífica de España, ¡cuánta comprensión, cuánta misericordia, cuánto romanticismo, ¡cuánta ausencia de egoísmo nacional en su descomunal epopeya del Nuevo Mundo! Al gesto ronco del conquistador, seguía, como eco, la dulce palabra evangélica y la voz grave de los maestros de Salamanca, creadores de la Universidad de San Marcos (...) huellas luminosas de los regidores y de los virreyes, de los frailes y de los médicos españoles, que si entendieron la justicia con el mismo rigor, hoy incomprensible, de los demás pueblos de su época, supieron entender el amor a los demás hombres con un providente sentido de la civilización que se adelantó, en siglos, a la de los demás pueblos civilizados (...) En verdad, en verdad, la dureza de los conquistadores y colonizadores no fue española, sino exponente universal de su época. Lo que representa a España en el Perú colonial, tan sugestivamente evocado en este libro, es la obra equitativa, científica, humanista y cristiana de aquel claro varón castellano que se llamó don Francisco de Toledo»¹⁴.

Su apasionamiento por *La comunidad de la lengua hispánica* lo reiterará en solemne académico celebrado en 1956, como otras tantas veces¹⁵.

Sobre el Dos de mayo en Madrid de 1808, escribe: «la página que el pueblo de Madrid escribió con el sacrificio de su vida ha superado ya su sentido político, nacionalista, partidista; para ser, escueta y pura, una de las más gloriosas hazañas del brío y de la dignidad colectiva de los hombres. Como el sitio de Numancia y otros grandes fastos de la Historia, su resplandor alcanza a los vencidos como a los vencedores y a los testigos contemporáneos como a la humanidad de todas las épocas (...) España estaba empobrecida al máximo aunque llena de recuerdos egregios del pasado y de posibilidades para el futuro (...) la insurrección española (...) tuvo un carácter especial. La movió un sentimiento admirable que fue la defensa de la Patria amenazada por el extranjero. Este es el sentido que tuvo la epopeya y el sentido con que ha pasado a la Historia (...) lo que esa pasión tuvo de arranque heroico, inorganizado, nacido de las raíces del alma de las gentes, con la naturalidad de un torrente que no se sabe a dónde va, pero que asombra vaya donde vaya. Esto basta para que cada año recordemos, todos los españoles, el aniversario de la epopeya del Dos de Mayo»¹⁶.

4. Concluyamos con unos comentarios sobre Marañón historiador o, por mejor decir, biógrafo. De esta faceta, estima el citado De Prada que fue el más alto cultivador del género del siglo XX en España.

Nos contraeremos a su obra *El conde-duque de Olivares. La pasión de mandar* (1936), reeditada sin cesar desde su publicación hasta 2006, que sepamos. Quizá su obra histórica más relevante junto con Antonio Pérez (1947).

El conde-duque de Olivares nos puede hacer convenir con algún perspicaz lector en que el tratamiento del género biográfico por el Dr. Marañón resulta de historia y literatura cuales rectas secantes¹⁷. Y a tal efecto recuerda la posición de Freud, entre neurología y literatura¹⁸. A quienes podríamos adicionar, por ejemplo, a Claude Lévi-Strauss, entre antropología y literatura¹⁹.

En 1935 anticipa un ensayo sobre *La biblioteca del Conde-Duque*²⁰. Su comienzo nos descubre la admi-

14 *Ibidem* p.49.

15 Discurso con ese título, pronunciado en la Real Academia Española el 24 de abril de 1956, inaugural del II Congreso de las Academias de la Lengua; publicado en Cuadernos hispanoamericanos, nº 78-79, 1956, pp. 263-271.

16 «Gloria y razón del Dos de mayo», Villa de Madrid. Revista del Excmo. Ayuntamiento, nº extra 6, 1958, pp. 4-12.

17 F.J. Satué, «Entre la biografía y la novela histórica», Cuadernos hispanoamericanos, mayo 1987, pp. 53-70.

18 *Ibidem* p.62.

19 Es el caso de su obra *Tristes trópicos*, París, 1955.

20 Boletín de la Real Academia de la Historia, 107, cuaderno 2, 1935, pp. 677-692. «Eran, según el Catálogo, cuya copia de Ángulo conocemos, unas 2.700 obras impresas y 1.400 manuscritos: bastantes para aquellos tiempos en los que las bibliotecas

ración por su biografiado: «El Conde-Duque de Olivares, gran orador y escritor, suelto y expresivo, no lo fue, como la mayoría de los políticos, a favor de su despejo natural; poseyó, además, vasta erudición. Uno de sus contemporáneos dijo que ‘estaba tocado de todas las ciencias de generalidad, con las cuales profesa tener contacto’, y muestra de ello fue su admirable biblioteca. La importancia que tiene esta librería para el conocimiento psicológico del calumniado maestro me anima a publicar estas notas. Tenía, en efecto, el Conde-Duque pasión por los libros. Heredada, sin duda, de su padre don Enrique, al que llamaron ‘el papelista’; alimentada en sus estancias juveniles en Roma y en Nápoles; después, en sus años universitarios de Salamanca y, finalmente, en las épocas de vida literaria, bohemia y amorosa, sobre todo en Sevilla, donde intimó con tantos escritores y poetas, muy singularmente con Rioja, Olivares llegó a ser uno de los bibliófilos ilustres de la España de su tiempo (...) nada pinta a don Gaspar de Guzmán como estos libros escogidos por él, cuidados por él y, sin duda alguna, solaz de sus preocupaciones públicas y familiares, consejeros de sus decisiones y acaso responsables alguna vez de sus errores políticos (...) Una biblioteca (...) de estudio, casi exenta de novelas, caballerías y versos. Los libros, sin duda, preferidos eran los de Historia clásica, porque en la actitud megalómana del Conde-Duque frente a los sucesos de su tiempo, frente al concepto de la España futura y frente a su propia personalidad, hay una clara influencia de las sentencias y de los hechos de los grandes guerreros y estadistas antiguos».

Asimismo, adelantó en 1936 un ensayo sobre la política exterior y regional del conde-duque de Olivares, que luego integró en la monografía²¹. Es éste el asunto menos estudiado por el Dr. Maraño en relación con el valido de Felipe IV -como apunta respetuosamente Elliott²²-, después su aguda aproximación médico-psicológica: Olivares, pícnico cicloide o ciclotímico, *versus* Richelieu, asténico esquizoide o esquizotímico²³.

Mas en lo concerniente al programa político del estadista, además de ser sumario, y aunque es consciente Maraño de que «en la obra de todo hombre público hay que considerar el propósito y el resultado», trata, quizá, con exceso de benignidad a Olivares: ensalza su afán reformista (muy subrayado y examinado por Elliott²⁴), su propósito integrador y uniformador de la España imperial, de «monopolio de la catolicidad», pero «la realidad echó por tierra el programa inteligente. Las guerras europeas se desencadenaron y ya no tuvieron fin en todo el reinado de Felipe IV».

Nos adherimos más al caveat que el propio Dr. Maraño formula: «Acaso un espíritu genial hubiera enfocado el problema modificando los términos en que estaba planteado, esto es, empezando por darse cuenta de que esa misión de hegemonía de los Austrias y de paladín del catolicismo a costa de todo, era imposible ya; y de que convenía a la continuidad de nuestra historia reducir las ambiciones y atenerse a una política de modestia internacional». Rocroi nos indica el acierto de este bemol.

de los ricos no podían alcanzar, ni remotamente, la copiosidad de cualquier modesto aficionado a libros actual. Predominan los idiomas latín y toscano. Nótese el sentido de mando del dueño en las minuciosas instrucciones para la colocación de los volúmenes y modo de hallarlos. La suntuosidad y orgullo de casta en la encuadernación lujosa, con las armas de la Casa en las tapas. Su carácter estudioso y poco amigo de la vana literatura, pese a sus poéticas aficiones juveniles y a sus amistades con artistas, se advierte en la elección de las obras impresas; casi todas son de Historia, Viajes y Política, más los libros de Teología y Religión. Lo mismo se desprende de los manuscritos, entre los que destaca la colección de ‘Cartas’: de mujeres, de Papas y Cardenales, de frailes, de ‘La Compañía’, de emperadores y reyes, de hombres doctos, de mujeres y, finalmente, ‘de locos’, con los que, como todo hombre público —pero él muy especialmente—, tuvo trato frecuente, y más en aquellos tiempos, bajo la forma de los arbitristas, hechizados y hechiceros, que llenan los folios procesales de la Inquisición».

21 «La obra política del Conde-Duque de Olivares: La política exterior y regional», Revista de Occidente, nº 153, 1936, pp. 283-321.

22 J.H. Elliott, El conde-duque de Olivares, Barcelona, 1990 (la versión original en inglés es de 1986), prefacio.

23 Elliott afirma que la monografía de Maraño «es ante todo un historial psicoanalítico». Como lo es Tiberio. Historia de un resentimiento (1939)

24 «(...) este reformista radical era también un profundo tradicionalista (...) Detrás del innovador se ocultaba el conservador y el patriota, cuya ambición más profunda era devolver a Castilla su antigua grandeza de corazón y cabeza de una monarquía mundial mediante la restauración de sus valores morales».

Por último, más recientemente, Rivero Rodríguez ha analizado la figura del conde-duque de Olivares, «inseparable de una idea, una imagen y una serie de características. Perdura vinculado al centralismo estatal, la defensa de la unidad nacional y causante de uno de los problemas fundamentales de la España contemporánea, la tensión centro periferia y la quiebra de la armonía territorial» -«paradigma canovista²⁵ y sus ramificaciones en Marañón o Elliot»- y, sin embargo, su condición de hombre de Estado no debería anudarse en términos absolutos al Gran Memorial -por lo demás, de discutible autoría-, al que seguiría el proyecto de la Unión de Armas, que no permitirían identificar un programa centralizador de gran alcance²⁶.

25 Se refiere al *Bosquejo histórico de la casa de Austria en España* (1869), de Antonio Cánovas del Castillo.

26 *El conde duque de Olivares. La búsqueda de la prianza perfecta*, Madrid, 2017. Afirma Rivero que «los historiadores del siglo XX han abordado su figura desde dos presupuestos muy limitados, la voluntad de alcanzar la unidad de España (presentada en el 'Gran Memorial') y la de modernizar la economía y la sociedad sobre dicha unidad (el proyecto conocido como 'Unión de Armas'). Dos iniciativas solidarias que presuponían un plan de regeneración de la Monarquía, basado en el progreso económico y la apertura hacia una mentalidad capitalista, concibiendo las líneas maestras del Estado Moderno (...) las ideas reformistas de Olivares no eran modernizadoras, no perseguían la creación del Estado Moderno, nada tenían que ver con la racionalidad económica y social, tenían que ver con la moral y con planteamientos éticos y religiosos rigoristas, los cuales se hallaban presentes en la toma de decisiones. La Monarquía Universal, no el Estado, era el objeto de las reflexiones del valido de Felipe IV (...) un punto de vista muy diferente al acostumbrado, alejado de la 'pasión de mandar' con que lo caracterizó Marañón y aún más lejos del 'hombre de estado en una época de crisis' retratado por Sir John H. Elliott (...) la preferencia de Olivares por la informalidad en el gobierno y su ciega confianza en la nobleza, lo cual choca con la idea dominante en la historiografía que atribuye al valido una actitud anti aristocrática y una voluntad modernizadora en la administración pública (...) su proyecto original, porque quería interpretar las ideas expresadas por Lipsio en De la constancia e imbuir estas ideas a su equipo. El sentido de esa interpretación y no las ideas estoicas indican cual era la naturaleza de las reformas pretendidas a partir de 1622. Es importante analizar este tema porque en él se hallan los fundamentos de la política que justificó y alentó la Guerra de los Treinta Años. Además, vinculan las ideas del valido con una determinada espiritualidad, que da sentido a su reforma (...) la casa de Austria y el ambiente que propició la Guerra de los Treinta Años, donde la Monarquía Hispana jugó un papel protagonista desde el primer momento. La alianza entre Madrid y Viena, ha sido analizada por grandes especialistas, pero aquí queremos reparar en la construcción de un entramado dinástico cuyo alcance iba más allá de lo que entendemos como política exterior, pues proponía transformar la Monarquía en una suerte de sociedad dinástica, reservando los virreinos y los puestos de dirección a miembros de las casas reales y principescas de Europa. Esta dinámica no la inventó el conde-duque sino su tío, D. Baltasar de Zúñiga, pero él la desarrolló reorientando esa estrategia hacia un sentido providencialista que descartaba integrar linajes protestantes, de ahí que obstaculizara y propiciara el fracaso del matrimonio entre el príncipe de Gales y la infanta (...) el recorrido de unos cambios cuyas características son las de conferir más autonomía a los reinos, mediante el nombramiento de príncipes de sangre real o naturales a la cabeza de los territorios. Al mismo tiempo, sus decisiones erosionarán la capacidad ejecutiva de los consejos territoriales (anulada por las juntas), desarticulando la estructura implantada por Felipe II. El retroceso de los letrados en los puestos de responsabilidad será ocupado por aristócratas (...) la interpretación de la llamada crisis hispánica de 1640 cuyas causas se achacan a deficiencias económicas, conflictos sociales y, sobre todo, tensiones territoriales debidas a la naturaleza 'compuesta' de la Monarquía, donde fuerzas centrífugas (los reinos exigiendo más autonomía) y centrípetas (la Corte aumentando su centralidad) ponían a prueba la resistencia del sistema, que funcionaba cuando estas tensiones se hallaban equilibradas. En líneas muy simples, la figura de Olivares emergía en medio del desastre como responsable de un vano y frustrado proyecto de regeneración, imposible de efectuar dada la amplitud de su visión y las limitaciones de la sociedad española para comprenderlas y acometerlas. Nuestra interpretación es diferente (...) prestando atención sobre todo a los cambios ideológicos y políticos que hicieron que el proyecto del Conde Duque careciera de sentido, forzándole a pedir licencia al rey para retirarse».

Una obra más reciente del mismo A. parece revisar en parte este enfoque y completarlo; cfr. *Olivares: Reforma y revolución en España (1622-1643)*, Madrid



Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura